

Malena, un bombón XXL

Verónica Valenzuela



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

[#malenaunbombonxxl](https://twitter.com/malenaunbombonxxl)

Colección: Tombooktu Chicklit

www.chicklit.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: Malena, un bombón XXL

Autor: © Verónica Valenzuela

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Diseño de cubierta: eXpresio estudio creativo

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2014 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-42-0

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-603-6

ISBN Digital: 978-84-9967-604-3

Fecha de publicación: Mayo 2014

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-6004-2014

A mi loca Susana M.

 Mi mejor amiga,
 la hermana que nunca he tenido,
mi compañera de confidencias tras un buen desayuno
y de tardes de cine entre risas y niños.

 Gracias por estar siempre ahí,
por secuestrarme para que me aleje de mis personajes durante un rato.

 Por demostrar tanta ilusión como yo
 ante cada nuevo libro.

 Me alegro de que la vida te pusiera en mi camino,
 porque eres la mujer más especial que conozco.

Y la que tiene el corazón más grande y precioso del universo.

Índice



Nota de la autora	11
Capítulo 1. Esta soy yo	13
Capítulo 2. Los otros	23
Capítulo 3. Ellos sí que me entienden	41
Capítulo 4. Buscando nuevos horizontes	53
Capítulo 5. Un soplo de vida	67
Capítulo 6. Cambios, cambios, cambios	81
Capítulo 7. No todo es lo que parece.....	99
Capítulo 8. ¡Esto es la guerra!	111
Capítulo 9. ¡Quién me lo iba a decir!	137
Capítulo 10. ¡Provocando!	161
Capítulo 11. Una de cal y otra de arena	185
Capítulo 12. Dime quién eres	207
Agradecimientos	237

Nota de la autora



Los personajes de mi historia no existen en la vida real, sólo en mi imaginación. Cualquier parecido con alguien real es mera casualidad del universo paralelo en el que vivimos.

1

Esta soy yo



Aquí estoy yo, Malena Alba, intentando ponerme bella cual madrastra del cuento de Blancanieves. Me miro en el espejo de cuerpo entero de mi dormitorio, en el que no cabría mi «estupenda» figura si estuviera colocado sobre el tocador.

Contemplándome en la superficie frente a mí, tengo la seria duda de haberme convertido tras tres horas de intenso peinado, maquillaje y asalto a mi guardarropa, en una mezcla cuando menos original: por arriba soy la extrema combinación de la prima cateta de las Monster High con mi salvaje melena castaña, el morado de mi ojos ahumados con un cuarto de lápiz de ojos y este bustier negro de cuero que lleva el vestido de gasa, que resalta tanto mis curvas, que vale la pena pasar por el consiguiente peligro de saltarme un ojo con un pezón a punto de salir por lo altas que llevo las tetas. Por abajo... Por abajo soy la Pitufina de lo que me comprimen las piernas las putas medias de rejilla, que acaban a medio muslo en una fina tira de silicona como me dijo la de la tienda. Fina sí, pero que en una hora tengo las rodillas y lo que sigue azul pavo real... también. Menos mal que no las compré de cuerpo entero porque se me hubiera quedado el chichi como si lo hubiera metido en el congelador.

De los tacones de plataforma mejor ni hablamos, que tengo el juanete del pie derecho hirviendo por lo «acostumbrada»

que estoy a llevarlos. Con lo feliz que soy yo con los zuecos del trabajo...

Todo por la última cita que pienso tener en este mes, siglo y año. Por culpa de mi amiga Paula, mi confidente y casi hermana, que por narices quiere que encuentre al hombre de mi vida un día de estos y me mete la jodía en el lío que tengo esta noche.

Me duele la boca de decirle que no quiero rollos, que estoy harta de los hombres y que ya bastante tengo con lo desastrosa que es mi vida. Pero ella en sus trece como de costumbre, me ha preparado una cita a ciegas con un amigo de Alberto, su marido. Y ciega me voy a poner a mojitos como el colega de turno me toque mucho las narices.

Si yo soy inmensamente feliz con mi Brad, que no me molesta para nada, que no intenta meterse en mi cama a la primera de turno, entre otras cosas porque no tiene piernas; que no le tengo que dar explicaciones de adónde voy o de dónde vengo, ni de cuánto he gastado de la tarjeta de crédito. Si él lo único que me exige es cambiarle las pilas de vez en cuando sin usar-me de almohada ni aplastarme.

No habla, no te pide que le hagas la cena, no te roba el mando de la tele en lo mejor de la película... y no te miente como el 99 % de los tíos.

Sí, Brad es mi estupendo consolador de veinticinco centímetros con el que no puede competir la mayoría de la nación masculina, ni en velocidad (corre más que el Alonso en la última vuelta de carrera), ni en potencia (a ver quién es el guapo que dura una hora con la bandera levantada en plena faena a tope y sin rechistar), ni en cariño, porque no se enfada nada si lo apago ni me llena la cama de cenizas del pitillo de turno.

Pero esto no lo entiende ni mi estupenda y moderna mamá, Adela, que está deseando que tenga novio formal para darle nietos, ni el resto del mundo.

No les entra en la cabeza que yo soy feliz con los hombres de mi vida, a los que veo cada día y de los que disfruto en el trabajo: mis viejecitos del asilo donde curro en cuanto hay una vacante o vacaciones del personal que voy supliendo y que me proporcionan un respiro del alquiler de mi piso... y me piropean a diario.

Sí, este por el que ahora mismo paseo cual diva de los años treinta que se ha comido al resto de sus compañeras de reparto.

Porque además de ser un desastre de enfermera, despistada pero con vocación, tengo un hándicap difícil de disimular ante los hombres: mido 1,80 de voluptuosas curvas... en todos sitios menos donde debo.

Soy una chica de talla grande o lo que los tíos suelen llamar rellenita pero mona. Sí, rellenita como un huevo Kinder porque traigo dentro una mala leche cuando me entra la neura del complejo, que no hay un hombre que no haya huido despavorido ante mis ataques de ira.

Tengo un pecho descomunal, firme aún a mis treinta y dos años, menos mal, pero que el día que empiece a caerse me veo llevándome colgadas de los pezones todas las pelusas de la moqueta; una pierna larga y moldeada, de muslo prieto y que llega casi al metro. La otra también.

Y un trasero respingón donde podría llevar la caja de leche del supermercado anclada en las nalgas, sin miedo a que se derramara una gota.

No todo van a ser pegas. Tengo un pelazo, con una melena ondulada color avellana, como mis ojos rasgados, que llama la atención de mis compañeras por su espesor y suavidad. Una nariz corta y un poco chata en la punta acompaña a unos labios gruesos y perfilados que enmarcan una cara ovalada y, en palabras de mi madre, muy dulce.

Vamos, que soy un bombón XXL. Y eso precisamente no es lo que desean los hombres, o al menos los que yo me he encontrado hasta ahora.

La mayoría de los tíos quieren una chica con el cuerpo de la Barbie y el cerebro de un mosquito. Por desgracia para ellos, a mí me sobra cuerpo y masa ósea también.

Así que son las nueve de la noche y he quedado con mi rondador nocturno a las diez en el Fogón de Pepe, un mesón con comida tradicional típica de Jerez donde tomaremos unas copas y cenaremos algo... si no se me indigesta la cena.

Echando un último vistazo a mi aspecto y comprobando que no llevo las piernas encangrenadas, salgo al oír el claxon del taxi

que me espera en la puerta, pues tengo que ir hasta la otra punta de la ciudad.

¡La suerte está echada, maestro!

En el bar con una terracita muy cuca, me siento en una mesa esperando ver a mi secreto caballero, que según me dijo Paula llevaría un clavel rojo en el ojal del bolsillo de su camisa blanca. Yo por mi parte le di la suficiente información sobre mi vestuario para que no diera lugar a equívocos sobre qué chica del lugar sería yo.

Un camarero jovencito y moreno me da las buenas noches preguntándome qué voy a tomar. Cuando estoy a punto de pedir una copa de canasta, oigo una voz a mi espalda que suelta:

—No te preocupes, chaval, decidiremos en unos minutos.

Aquella voz de falsete me dio malas vibraciones y dudé sinceramente entre darme la vuelta o salir corriendo. Pensando en los desvelos de Paula y olvidando momentáneamente mis ganas de estranglarla por la encerrona, opté por respirar hondo y volver la cabeza hacia atrás cual niña de *El exorcista*.

Un tipo de largo pelo castaño rozándole el cuello, engominado profusamente hacia atrás con toda la gomina que el capullo pudo comprar en el Mercadona, me miraba con ojos de depredador venido a menos.

Unos ojos un pelín saltones, por decir algo suave, de un intenso color azul que me recordó sin querer al Igor de Mel Brooks y aguanté la risa porque ya lo imaginaba con la joroba cambiada de sitio y la capucha negra a juego.

Su nariz, bastante larga y fina, prometía lo que suele decirse de los hombres de nariz grande; aunque no esperaba estar con él el tiempo suficiente para conocer la sorpresita que había entre sus piernas.

El resto de su persona me dio a entender que su postura chulesca de señorito andaluz venido a menos, no iba a hacer muchas migas con mi actitud de «no me toques los ovarios que me conozco». Pero sacando mi lado más bondadoso y oculto, fingí la sonrisa más falsa que encontré en mi repertorio y me levanté a saludarle.

—Hola, soy Malena. —Y le estampé un ligero beso en la mejilla que olía a Brummel que tiraba para atrás.

—Yo soy Manuel —dijo recorriéndome desde la raíz del pelo hasta los tobillos como un escáner—. ¡Vaya, eres altísima!

«¡Anda!, encima de chulo me sale tonto l'haba...», pensé evitando a duras penas soltar por mi boquita lo que pensaba.

Acompañándome de nuevo a la mesa me retiró la silla y tomó la carta que el camarero había dejado. Con un chasquido de sus dedos lo llamó como si fuera el prota de la serie alemana del perro policía y al chico le hubieran dado el papel de Rex.

—De primero tomaremos salmorejo, jamón de pata negra y esas gambitas a la plancha que tu jefe hace también —le soltó con engreimiento—. Y tráenos una botella de canasta bien frío.

Acto seguido le devolvió la carta, vio como el chico se alejaba y me prestó toda su atención.

—Ya podemos hablar de nosotros.

Mi punto de ebullición crecía por momentos.

—Manuel, ¿puedes explicarme por qué no me has preguntado antes qué deseaba cenar?

—¿No te gusta lo que he pedido? —Yo asentí con gesto serio.

—¿Entonces qué problema hay, Malenita? Me gusta ser un caballero y pedir para mi dama. Soy muy tradicional para esta época, lo sé —repuso con una sonrisa que dejó translucir sus enormes dientes de caballo.

—Entonces somos incompatibles, porque yo soy todo lo contrario. Me gusta llevar la voz cantante en todos los aspectos de mi vida, incluida mi independencia a la hora de comer.

—Bueno, reina, no te enfades. Te dejo que pidas el postre luego. ¿Vale? —intentó convencerme cogiéndome la mano entre las suyas.

«Uy, muchacho, ¡qué hostión te vas a dar conmigo!», las alarmas de mi cerebro estallaron en un rojo más fuerte que la bombilla de un puticlub.

Trajeron la cena, que olía de maravilla, y me dispuse a disfrutar del placer de la gula, olvidándome del gilipollas que tenía sentado enfrente.

Divina pastora, la urbanización donde se encontraba el mesón, rebosaba de vida aquel sábado por la noche por la gente joven que frecuentaba los pubs de sus alrededores con una movida alegre y bulliciosa.

Concentrada en saborear el salmorejo con fruición, la vaga conversación de mi acompañante me devolvió del cielo a la tierra en un pispás.

—Veo que tienes apetito, Malena. Nada más hay que verte.

—¿A qué te refieres con verme? —El sonido de la inminente explosión, riéte tú de Fukushima, se abrió paso en mis oídos.

—Que eres una mujerona, quiero decir. A mí me gustan las mujeres con chicha, no con piel y huesos nada más.

—Entiendo. Y dime, Manuel, ¿a qué te dedicas?

—Soy ganadero con mis propias reses de toros bravos —contestó con una sonrisa de suficiencia—. ¿Y tú?

—Trabajo como auxiliar de enfermería en un asilo.

—Cuidas personas mayores, qué bonita profesión.

«Mejor que criar animales para que hagan las delicias de unos salvajes muriendo en la plaza y llenando la cuenta corriente de un cabrón que se cree más macho por matar a un toro...».

—Yo creo que las mujeres estáis hechas para cuidar. Tenéis una sensibilidad especial.

—Los hombres también cuidan. Hay enfermeros varones.

—Sí, pero el toque femenino en la casa, con los niños, los abuelos... ¿Tú piensas trabajar el día que tengas marido e hijos? —me preguntó el muy imbécil con una cara llena de la más absoluta inocencia.

—Por supuesto, creo que se puede compatibilizar el hogar y la profesión, siempre que la pareja ayude también. ¿Sabes hacer algo de labores domésticas?

—A lo más que llegó es a encender el microondas, Malenita. Espero que el día que me case mi mujercita me cuide como un rey en todos los aspectos.

—Así que tú eres de los hombres que piensan que nosotras nacemos con raja y fregona incorporada, ¿no, Manuel?

—Mujer, no tienes que presentarlo tan crudo. Ya te he dicho que soy un chico tradicional. Y ahora que estamos

de confidencias. —Se acercó hablando muy bajito para que nadie escuchara su indiscreción—: Paula me contó que no has tenido mucha suerte con los hombres por tu físico, vamos, que no ligas mucho. Lo prefiero así, no me gustan las chicas que han tenido demasiados novios a sus espaldas.

«Nota mental: cagarme en todos los antepasados de Paula incluida su putísima madre».

—Si buscas vírgenes lo tienes muy crudo en estos tiempos, nene.

—No, Malena, tampoco soy tan antiguo. Vivir en esta época tiene sus ventajas también. A mí el sexo me gusta como al que más.

—Vaya, estamos por primera vez de acuerdo en algo —le anuncié poniéndole los dientes largos a posta.

El cromañón este no se iba a acercar a mis bajos aunque tuviera el manolito como el de Nacho Vidal.

—Sabía que coincidiríamos en alguna cosa. Aunque te advierto que soy bastante recatado en los quehaceres de la cama.

—¿Ah, sí? ¿Tienes algún tabú en particular?

—Bueno, no me gusta nada el sexo oral.

—Pues no sabes lo que te pierdes.

—No me has entendido —me insinuó con una mirada lasciva como la de un preso condenado a diez años sin ver una mujer y con un empacho de Viagra—. No me parece saludable hacerlo a una mujer. La vagina tiene muchos gérmenes, la regla... quita, quita. No es natural.

—¿Y a ti te gusta que te hagan una felación? —le pregunté conociendo de sobra la respuesta.

—El hombre es diferente. Desde la antigüedad el símbolo del falo ha sido adorado en otras culturas, no tienes más que ver el festival que hacen en Japón dedicado al pene.

—Entonces para ti, que yo te sople la flauta es un símbolo de adoración que mereces, pero tú no estás dispuesto a tocarme la gaita.

—Si no te gustara nunca te obligaría a hacerlo, Malenita.

—Hombre, gracias por los miramientos. Pero, Manuel, no es que no me guste hacerte una felación. Lo que no me gusta es el dueño del pito que tendría que soplar —le solté en voz

alta haciendo que la gente de las mesas se volviera sorprendida a mirarnos.

Levantándome cogí mi bolso y eché a andar despacio y con aires de mujer fatal en dirección contraria al mesón. El capullo de mi acompañante soltó a grito pelado, antes de que mis oídos se alejaran de su estridente voz:

—¡Anda que no exige nada la gorda!

Mis tacones se pararon en seco al escuchar aquel insulto que llevaba toda la vida taladrándome el cerebro y el corazón.

Di media vuelta y regresé a la mesa, de donde ya se había levantado y sacaba su cartera para pagar al camarero que estaba a su lado. En dos zancadas llegué frente a él y le escupí a su asquerosa cara quién era en realidad.

—¡Claro que soy exigente, pedazo de mierda *engominao!* Porque merezco mucho más que un chulo baboso como tú, con esos ojos saltones de sapo que se te salen de las órbitas de tanto mirar tus toros a lo lejos. —Pinchándole con la uña perfectamente afilada de mi índice que impulsaba más fuerte contra su pecho—. Esos toros que ojalá un día te claven un asta por el culo. Porque no quiero un machista asqueroso que busca una esclava que le limpie la casa y de paso su adorado miembro.

—¡Tú sólo eres una calentapollas! —me gritó empujándome a un lado dejando la mesa.

—¡Y tú un maricón que no sabe satisfacer a una mujer! ¿Sabes lo que me decía mi abuela? «Que el chichi se lava y se estrena», y desde luego tú no vas a catar el mío ni en sueños.

Aún no había acabado mi perorata, cuando una salva de aplausos de todas las mujeres del mesón acompañó la huida del cerdo de Manuel hasta la entrada del *parking*. Yo por mi parte llamé a un taxi aparcado en la calle de enfrente y regresé a casa.

Durante el camino, las palabras de aquel hijo de puta me trajeron recuerdos de mi niñez, dolorosos y llenos de los insultos que siempre me habían acompañado hasta la adolescencia.

Siempre fui la gorda, la gordita, la ballena, el mastodonte... en cada etapa de mis 32 años. Aunque había perdido 20 kilos

desde el verano anterior, entonces pesaba 80, la sombra de ser una niña obesa me seguía acompañando. Sabía que era muy alta y que seguiría luchando contra el exceso de kilos para el resto de mi vida, conservando un físico robusto y no precisamente elegante.

Pero había aprendido algo muy importante en aquellos horribles años: que antes tenía que aprender a quererme para que los demás me quisieran. Y ese objetivo lo había conseguido con creces, porque me amaba tal y como era y no consentiría que ningún capullo me despreciara por tener huevos entre las piernas y yo no.

Si antes de ir a la cita tenía claro que sería la última vez que me dejaría liar para encontrar pareja, el desastroso resultado final inclinó la balanza en sentido negativo para el género masculino.

Cuando llegué a casa me costó quince minutos deshacerme de mi *look*, limpiándome en la ducha los restos de maquillaje y laca del pelo. Salí convertida en una nueva mujer, tan sola como antes pero mucho más fuerte y decidida a encarar mi vida sin pareja que me jodiera.

Y por supuesto llamé a Paula. El ring de su teléfono sonó tres veces hasta que la voz suave y simpática de mi mejor amiga, me dio la bienvenida.

—¿Nena, ya estás en casa? Eso quiere decir que la cita con Manuel ha salido mal. ¿No?

—Paulita, chochi, ¿alguna vez te he dicho que eres una hija de puta con *toas* las letras?

—Si no he perdido la cuenta, como cinco o seis.

—Bueno, ¡pues apúntate la séptima, cabrona! —La risa contagiosa de Paula se escuchó al otro lado de la línea, disipando mi disgusto por arte de magia—. ¿Dónde has encontrado a ese neandertal?

—Era un compañero de instituto de Alberto, se encontraron el otro día después de mil años sin verse. Le comentó que pensaba sentar la cabeza y mi churri se acordó de ti.

—Y yo de sus muertos y de los tuyos por partida doble. No te imaginas el machista misógino que me he echado a la cara esta noche.

Entre risas, tirada en el sofá le conté a Paula las perlas que el capullo soltaba por la boquita.

—No sabía que ese tío era así. Mañana cuando venga Alberto de trabajar, verás la que le va a caer encima.

—No te preocupes, cielo, seguro que él no recordaba que su compañero era tan cerdo. Bueno, me voy a la cama que estoy molida y con los muslos en carne viva de las medias.

—Descansa. Malena, no dejes que su insulto te deprima. ¿Vale?

—Tranquila, estoy hecha de acero. Buenas noches, te quiero.

—Y yo a ti, preciosa.

Al colgar, un extraño vacío acompañado de la antigua sensación de tristeza se apoderó de mi ánimo, aunque luché por no dejarle entrar en mi corazón.

Aunque me tomara las cosas a broma restándole importancia a mis constantes y desafortunadas citas, sabía que una amarga soledad se instalaba en mi hogar y mi alma durante un par de días hasta que me reponía de un nuevo fracaso.

Paula sabía cuánto había sufrido en el pasado. Aunque nunca me he enamorado, sí me ilusioné con algún que otro chico que conocí y que no pasó de estar conmigo algunos meses.

He tomado la decisión de estar sola, de luchar por un futuro laboral mejor y de conseguir bienes materiales, ya que los sentimentales se me resisten una y otra vez.

Esta noche me espera un futuro por delante lleno de retos y proyectos... y en mi cama, mi hermoso Brad, que ese sí que es un hombre con talento. Al menos con el talento que necesito en este momento.

2

Los otros...



Así describo mi pasado sentimental con el título de la terrorífica película de Amenábar y os aseguro que no exagero aunque sea del sur.

Los otros, chicas, son los hombres que han pasado en algún momento por mi vida y que coloqué en una lista no muy larga; una lista de calamidades en forma de varones llenos de todos los defectos que más odio y que aún no he entendido por qué tienen la desfachatez de pegarse a mis tacones.

Adrián

Cuando te topas con un policía de tráfico en plena panadería del barrio, de espaldas a ti, echándote un autógrafo monísimo en forma de multa donde va estampada tu matrícula, no esperas que al darse la vuelta tu mala leche te transforme de Hulk en Blancanieves en cuestión de segundos.

Delgado y fibroso, con un pelo muy cortito rubio ceniza y unos preciosos ojos azules tras las gafas de sol que se quitó para echarme la bronca, estaba divino.

—Señorita, voy a tener que echarle un rapapolvo por aparcar en doble fila. ¿No ha visto el cartel que lo prohíbe? —me soltó con cara de pocos amigos.

Yo la verdad es que lo único que grabé en mi memoria fueron las dos últimas sílabas de la palabra rapapolvo. Porque el muchacho tenía unos cuantos, la verdad.

Haciéndome la inocente y mintiendo más que un político en plena campaña, le miré con ojos de cordero degollado y solté:

—Lo siento, señor, vengo del médico de hacerme análisis y se me ha bajado el azúcar tanto que he tenido que parar para comprar una *coca-cola*. Me siento un poco débil... —Y fingí que me mareaba.

Los años juveniles de haberme tragado las telenovelas de Cristal y la Dama de Rosa con mi madre, dieron su fruto porque me tomó de la cintura con rapidez antes de que mis huesos dieran contra la acera.

Fuerza tenía, y mucha, para sostenerme en brazos hasta que me sentó en el banco cerca de la tienda. Entró en el establecimiento y salió a los pocos minutos con una lata de refresco bien fresquita, que me abrió como un caballero y limpió hasta la parte de arriba con un pañuelo.

—Voy a pasar la mano por esta vez y no la multaré porque se encuentra tan mal, señorita... —me expresó con una sonrisa de dientes blanquísimos y rectos.

«Hijo de mi vida, tú puedes pasarme la mano por donde te dé la gana», pensé yo poniendo la cara más compungida y enferma que pude.

—Malena Alba, encantada —le dije bebiendo un sorbo con toda la elegancia de la que fui capaz, mientras le hacía un chequeo visual de arriba abajo con disimulo.

—Adrián Suárez.

Mi guapo policía tras estrecharme la mano me acompañó hasta el coche y una vez dentro soltó:

—Tome mi teléfono por si vuelve a sucederle ese mareo y se encuentra sola en la calle como hoy. —Y me dio una tarjeta.

—Gracias, Adrián. Me gustaría hacer algo por usted después de lo amable que ha sido conmigo.

—¿Tiene algo importante que hacer este viernes por la noche?

Recordando que había quedado en ir al cine con Paula, borré mentalmente nuestra quedada por «tío macizo del brazo».

—No, no tenía nada planeado salvo alquilar una película y verla en casa.

—La invito entonces al cine del área sur, le dejo escoger la película que desee.

—Estupendo. ¿Quedamos allí a las nueve?

—Iré a recogerla a su casa. Sabré dónde vive por la matrícula de su coche. Estaré allí a las ocho. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Nuestra salida al cine fue muy divertida, puesto que escogimos ver *Resacón en Las Vegas 3*, porque no quise que se me viera el plumero optando por una romántica y darle a entender que estaba desesperada por un hombre... Que va a ser que sí, que lo estaba.

En la siguiente cita, me llevó a tomar unas copas a la Palapa Silva, que solía frecuentar, y ahí empezamos a conocernos un poco más entre risas y la charla amena y divertida con un mojito bien frío entre las manos.

Mi apuesto policía que se había mostrado caballeroso y atento en la primera salida, la cagó en el segundo encuentro hablándome de su querida madre viuda a la que cuidaba con tesón.

La pobre señora, según me contó, había perdido a su marido hacía veinte años, cuando él tenía once, y desde entonces como único hijo se desvivía por su madre con esmero.

Y esmero le puso, al punto de excusarse unos minutos porque tenía que hacer una llamada saliendo fuera del local... y regresó instantes después con una señora vestida de negro que parecía salida del anuncio del yogur griego.

Si hubiera traído a Hugo Silva, yo como mujer abnegada que soy, hubiese estado dispuesta a hacer una orgía, trío o bocadillo de carne en barra si quería mi agente de la ley. Pero con su señora madre lo único que me pedía el cuerpo era el «joroña que joroña» cagándome en su padre que en gloria esté.

—Malena, te presento a Antonia, mi madre. Estaba deseando conocerte —repuso el muchacho con cara de lelo y un

brillo reverente en sus claros ojos, tan parecidos a los de su progenitora.

—Encantada, Antonia. Siéntese a tomar algo, por favor. ¿Qué le apetece?

—Una tónica con limón, hija —me susurró con una voccecita lastimera y muy suave que hacía juego con su rostro dulce de anciana.

Adrián se levantó de la mesa, se dirigió a la barra para pedir la consumición de su madre y nos dejó a solas para charlar un poco entre mujeres, perdiéndose de vista entre la multitud de gente de aquel sábado por la tarde.

—¿Tú llevas bragas de mujer normal o el hilillo ese que está de moda metido en el pandero? —me soltó la abuelita de sopetón haciendo que estuviera a punto de escupirle el moji-to en un ojo.

—¿Perdone, señora? —le pregunté esperando haber oído mal o tener una alucinación momentánea producida por el alcohol.

—Te estoy preguntando si eres una chica decente o como las que suelen gustarle a mi Adrián.

Algo en su cara despertó una imagen en mi memoria que no logré concentrar y que se diluyó en segundos.

—¿Y cómo le gustan a su hijo? —logré preguntar.

Aquella amable anciana del primer momento se transfiguró abriendo sus inmensos ojos, frunciendo la nariz entre las arrugas de la cara y enseñando su boca desdentada en una mueca de puro asco.

—¡Muy putas! —aseveró en un murmullo retorciéndose las manos.

Un escalofrío en la espalda despertó de golpe mi memoria trayéndome la imagen que antes no logré centrar. Esos ojos y esa expresión de bondad cuando su hijo estaba cerca, habían dado paso a una que daba verdadera grima. Ya sabía a quién me recordaba... ¡¡¡Gollum!!!

Sólo que comparado con ella la criatura era una monjita de la caridad, porque la vieja se había convertido en un clon de él, pero con un enorme ataque de diarrea aguda.

Ya sabía que esta no quería el anillo único, esta quería para ella solita a su único hijito.

Adrián apareció en ese instante con las copas y yo pensé en dos opciones: podía tirar a su puñetera madre a un volcán como en la película, claro que en Jerez es un poquito difícil encontrar uno porque estamos en llano; o tirarme a su «tesoro» y meter a la madre en un asilo... de dementes. Porque esta mujer tenía una mirada de psicópata que hubiera hecho salir por piernas escalera para arriba al demonio de la niña de El exorcista si se la encuentra.

A las que estáis leyendo esto supongo que no os tengo que contar qué opción escogí yo: hice una mezcla de las dos, le di un beso con lengua a Adrián que se ahorró la limpieza bucal de ese año y dejé a la bruja de la madre arrancándose la piel a tiras por el espectáculo.

Lo último que supe de ella es que murió de rabia, je, je, el veterinario no llegó a tiempo de vacunarla.

Adrián me llamó durante días, me dejaba mensajes en el contestador y quería saber el motivo de mi huida y me pedía con razón una explicación al rechazo de que le hacía objeto.

Nunca contesté a sus llamadas. Porque ¿qué tío con treinta y un años te trae sin avisar a su madre en la segunda cita? La respuesta es muy sencilla: un madrero, o lo que es lo mismo, un tipo que aún lleva colgado de los huevos el cordón umbilical al que estuvo unido a su madre y que JAMÁS cortará aunque el médico ya lo hiciera, mientras viva.

Descansa en paz, Adrián.

Pero yo soy una chica de recursos y tremendamente positiva, así que decidí seguir buscando a mi príncipe azul y lo encontré la noche que me llamaron para suplir una baja de una semana, en el hospital de la seguridad social en la planta de oftalmología.

Aunque trabajo algunos meses en el asilo, ser enfermera sin plaza significa ir dando tumbos de un sitio a otro hasta encontrar la estabilidad laboral para cubrir los puntos de interina y conseguir un puesto fijo. Ya había pasado por hacer días e

incluso medias jornadas de una punta a otra de la provincia y en Sevilla. Afortunadamente ahora me salía trabajo en mi ciudad, lo que me daba un pequeño respiro económico porque al menos no se me iba lo poco que ganaba en autobuses y trenes.

Por eso me vendría de muerte un novio con coche. Y que me duraran los dos a ser posible.

La noche que suplía a la compañera que se había puesto enferma con la ciática y no podía moverse, me encontré preparando la habitación del paciente que ingresaba para operarse de glaucoma al día siguiente.

El viejecito encorvado y adorable que venía en la silla de ruedas con el celador se agarró de mi mano con dulzura. Las personas mayores me despiertan muchísima ternura, son mi debilidad junto con los hombres guapos.

Y Carlos traía el pack completo porque cuando estaba agachada frente a él, susurrándole palabras que disiparan un poco sus nervios, escuché una voz por encima de mi cabeza.

—Tú no te preocupes, abuelo, que estás en buenas manos —habló el familiar que le acompañaba.

¿Habéis visto esos anuncios de compresas en donde las chicas vuelan, cantan y ven un mundo de color? Sí, esos donde parecen que se han enchufado por vena la celulosa perfumada que traen dentro. Pues yo puse la misma cara de gilipollas cuando levanté la cabeza para saludar al nieto.

EL NIETO, sí lo he puesto en mayúsculas, era la copia del modelo Marcus Schenkenberg que tengo de portada en mi móvil.

El mismo pelo largo rozando los hombros, lacio y trigueño; el hoyuelo en la barbilla y los ojos dorados.

Cuando me levanté a decirle hola, mientras mi cerebro intentaba hilvanar palabras coherentes para que no pensara que me había dado una congestión, descubrí que me llegaba al pecho.

Aunque no me gustan los hombres más bajitos que yo, lo que es un auténtico problema, no me importó en absoluto esa diferencia.

Porque con la planta del muchacho, al que se le veía ancho de espaldas y fuerte, la falta de centímetros por arriba estaba segura de que la compensaría por abajo.

Así fue el primer encuentro con:

Guillermo

Durante los tres días que su abuelo estuvo ingresado, mi nuevo amigo se mostró como un hombre atento y cariñoso con el anciano, haciendo las delicias de todo el personal femenino de la planta. Menos mal que yo era la única chica joven y mis tres compañeras habían superado los cincuenta felizmente casadas, si no hubiera habido mucha sangre y uñas por atender a Guillermo más que al paciente, si la planta hubiera tenido más de una joven soltera.

Mis chicas me dejaban el campo libre entre risas y codazos para que me acercara a él, porque Guillermo era muy simpático y se sentía muy cómodo con tanta atención.

Luego entendí mejor esa falta de timidez cuando me contó, entre visita y visita a la habitación, que trabajaba como modelo fotográfico mientras estudiaba el último año de arquitectura.

Tenía veintiocho años y un físico prometedor que él mantenía con duras sesiones diarias en el gimnasio. A juzgar por lo que se le marcaban los bíceps y pectorales con el fino jersey de manga larga, verle desnudo tenía que ser el nirvana.

Y aunque tuviera que raparme la cabeza como los krisna para llegar a alcanzar tal monumento, como me llamo Malena que a ese iba a devorarlo hasta hartarme.

Me costaba la vida irme a casa al acabar mi turno y perder de vista a mi Apolo particular, y me devanaba los sesos ideando una manera de quedar con él cuando le dieran el alta al abuelo para seguir en casa el tratamiento.

Pero la divina providencia vino a rescatarme cuando Guillermo y el doctor que dirigía la planta se acercaron al control para hablar conmigo.

—Malena, Carlos vive solo y su nieto nos ha pedido ayuda para ponerle las gotas y el tratamiento cuando esté en casa —me comentó el doctor Benítez—. Sé que la compañera a la que

sustituyes regresa el lunes, así que había pensado recomendarte si no te dan más suplencias.

—Te pagaríamos tu jornada. Sólo tendrías que cuidar de mi abuelo mientras voy a la universidad por la tarde, mis padres se quedan de noche y por la mañana —soltó Guillermo mirándome con una sonrisa pícaro.

—Por supuesto, será un placer.

«En todos los sentidos, macizorro», pensé a punto de relamerme ante el festín que me iba a dar con él en cuanto pudiera.

La primera semana que estuve con Carlos se pasó rápida y casi no le vi el pelo salvo cuando me iba, porque él sólo podía acercarse unos minutos para visitar al anciano. Le habían llamado para posar en la publicidad de un centro comercial de nueva apertura en Sevilla y tenía que combinar las sesiones con las clases.

—Prometo compensarte con una cena en mi casa, donde podremos charlar tranquilos y solos —me susurró al oído la última vez que hablamos.

Yo no pude hacer otra cosa que asentir con cara de gilipollas al verle marcharse mientras mi cabeza se llenaba de imágenes eróticas de él.

Y llegó la noche de nuestra cena, donde yo me puse el vestido rojo más sexi que pude encontrar en mi armario y que me cabía, después del atracón del verano con los helados que Paula y mi madre me metían entre pecho y espalda.

Esa noche me sentí guapa, con ganas de guerra y con más hambre que nunca, y no precisamente de filete con ensalada.

Guillermo se presentó con un Fiat punto nuevo, de color negro y con cuidados asientos de piel. Había sido el primer capricho que pudo darse con sus primeros trabajos como modelo y se notaba lo orgulloso que se sentía de sí mismo.

Me gustan los hombres seguros que saben lo que quieren.

Y este pedazo de hombre sabía muy bien lo que quería: a él mismo.

Cuando entré en su piso de las torres de Córdoba, en una de las zonas más pijas de Jerez, los ojos se me quedaron como

platos al contemplar las paredes repletas de fotos tuyas, algunas que cogían casi todo el espacio.

Aquello no era un piso, era el museo Thyssen pero con un solo tema: Guillermo.

—¿Te gusta, Malena? —me preguntó abrazado a mi espalda mientras recorría mi cuello con sus labios.

Yo no sabía si los escalofríos que estaba sintiendo eran de gusto o de grima, porque entre besos y asalto a los botones de mi vestido que fue abriendo, me llevó directo a su dormitorio sin hacerme un tour por el resto de la casa o invitarme a una copa al menos.

Ser yo la cena no me importa, puesto que me enciendo de cero a cien en dos segundos, lo que a veces me hace preguntarme si mi padre no me dio una parte de cerebro masculino cuando su espermatozoide se peleaba con el portero del óvulo de mi madre.

La cuestión era que lo que llevaba deseando hacía una semana se estaba haciendo realidad y Guillermo era bastante hábil con sus manos, acariciándome donde debía para ponerme a punto. Yo aproveché para arrancarle los botones de la camisa y abrirla para deleitarme con aquel torso de deportista de élite, que me envolvía de su aroma y sabor al rozarlo con mis besos.

Un puntazo en los ojos es lo que me dio cuando al abrirlos, concentrada como estaba en mi hombre, el dormitorio apareció con las paredes prácticamente forradas de espejos. Donde posara la vista podía contemplar nuestros cuerpos y la mirada de Guillermo observando el suyo con cara de éxtasis.

Mirando al espejo lateral junto a nosotros, mi Adonis no recorría el sugerente body negro y transparente que llevaba puesto resaltando mi pecho y mi trasero, no estaba pendiente de la reacción que sus dedos y sus labios me estaban provocando.

El muy cabrón repasaba con lascivia su pecho, su espalda y su perfecto trasero redondo y prieto, que revelaron los pantalones al caer cuando los desabrochó.

Mientras cogía mis manos haciendo que me agarrara al poste metálico de la enorme cama, también con espejos en el techo como pude comprobar al mirar hacia arriba, comenzó a frotar su erección contra mi espalda y mis braguitas.

—¡Oh, sí! ¡Qué bueno estás, Guille! —le escuché gemir.

El espejo me enseñó la imagen de aquel hermoso hombre acariciándose con las manos toda su bella anatomía, mientras me usaba como una simple muñeca hinchable con la que obtener más fricción.

Sentirme tan usada y humillada por aquel cerdo me puso tan rabiosa, que me solté del poste y quitándome un tacón lo lancé contra el espejo que tuve más cerca y lo hice añicos.

El grito histérico del Adonis competía con el ruido de los espejos destrozados que fueron cayendo uno tras otro. Dejándole lloriqueando como una nenaza en pelotas, recogí mis tacones y mi vestido, y salí fuera del piso de aquel Narciso del siglo XXI.

Siendo sincera, la verdad es que el disgusto no me duró mucho, porque aparte de alguna conversación trivial con el musculitos, tenía muy claro que nuestra relación no iba a pasar de varios revolcones.

Lástima que ni siquiera hubiese podido darme el gusto de uno bueno. Pero sólo con recordar a aquel macho toqueteándose como si fuera un quinceañero dándole culto desmesurado a Onán, se me ponían los pelos de punta y la libido me llegaba a los tobillos.

Y decidí que mi próxima conquista no tenía por qué ser míster universo.

Cándido

En el supermercado donde suelo comprar con Paula hay una tienda de móviles, a la que tuve que llevar mi Samsung porque se bloqueaba el wifi.

En nuestra tarde de chicas sin compañía masculina, sobre todo yo porque mi amiga llevaba cinco años casada, nos dábamos el gusto de pasear la lengua criticando a los hombres y ella a su marido.

Alberto era un auténtico desastre en las tareas de la casa y Paula siempre estaba discutiendo con él porque más que ayudarla, empeoraba todo lo que tocaban sus manos.

La última vez que cocinó para ella cuando hacía un turno de tarde en el centro de belleza donde trabajaba y no podían celebrar su aniversario, el pobre quemó la vitrocerámica con el aceite que se le derramó al darle la vuelta a la tortilla que le había preparado.

Paula puso el grito en el cielo cuando volvió a casa, pero el detalle de Alberto, que con tanto cariño y sin tener ni idea de cocina había intentado preparar, le llegó al alma y al final se fueron a un *burger* a celebrar su matrimonio y que seguían teniendo viva su casa sin temor a que la quemara.

Porque mi amigo era un obtuso en materia hogareña pero amaba a Paula más que a su propia vida y sería capaz de atravesar el infierno por ella.

Cuando los miro siento un dolor sordo en el corazón porque aunque reniegue de los hombres, anhelo encontrar a uno que me llene de felicidad como a ella.

Y en esa estábamos criticando, criticando entre bromas, que nos tocó el turno en la tienda para que nos atendieran.

El pelirrojo altísimo y delgado que se presentó ante nosotras tenía una cara de canalla que no podía con ella y una guasa gaditana que seguro le había convertido en el jefe del cotarro, porque así se presentó.

—Hola, chicas, soy Cándido Iglesias. ¿En qué puedo ayudaros?

—A mi móvil se le bloquea el wifi y no hay manera de que conecte a internet —repuse con cara de fastidio.

—Tranquila, guapa, que en la vida todo tiene solución menos la muerte.

—¡Vaya, eres un filósofo! Pues espero que seas tú el que encuentre esa solución porque necesito estar conectada para que me lleguen los *e-mails* de trabajo.

—Pues vas a tener que dejarme el móvil durante unos días. Estamos saturados de trabajo, incluido yo que soy el jefe —me dijo con una sonrisa coronada de dos graciosos hoyuelos.

—¿Y ahora qué hago sin teléfono? No tengo fijo en casa. —Miré a Paula desesperada—. Tienen que localizarme en el momento para las suplencias y no puedo ir a Cádiz a cambiar el teléfono en diputación.

—Puedes dar el mío, cielo, tengo contestador. Iremos a Cádiz mañana con Alberto si hace falta —me tranquilizó mi amiga.

—Calma, chicas. ¿Cómo te llamas, preciosa?

—Malena Alba Gil —susurré desesperada.

—Malena, no vas a quedarte sin teléfono porque voy a cambiar tu tarjeta sim al que te prestaré. Así estarás localizada.

—¡Me has salvado la vida! Soy enfermera y necesito cualquier tiempo de trabajo que me ofrezcan para seguir cogiendo puntos.

Sacando la tarjeta de mi móvil, la metió en otro idéntico que me ofreció con simpatía.

—Comprobaremos qué le ocurre y si es un defecto, como está en garantía, te daremos uno nuevo.

—No sé cómo agradecértelo, en serio —le dije entusiasmada.

—Sal a tomar algo conmigo una noche —repuso guiñándome un ojo—. Si no estás comprometida, claro.

—De acuerdo. ¿Cuándo quieres quedar?

—Te llamaré, tengo tu número en mi lista de clientes.

Cuando salimos de la tienda, Paula empezó a reírse con ganas contagiándome a mí también.

—¿Piensas lo mismo que yo? —me preguntó partiéndose.

—¿Si tendrá lo de abajo tan rojo como lo de arriba?

—¡Y pecas en la zanahoria! —soltó mi escandalosa amiga haciendo que tuviéramos que correr al baño para no hacérselo encima.

A la semana me llamó.

Mi móvil al fin funcionaba perfectamente y debía devolver el que me habían prestado. Haríamos un divertido intercambio de teléfonos en la salida que teníamos pendiente y quedamos a las ocho del sábado de San Juan en el centro comercial.

Siendo la tercera vez que salía con un hombre no quería ilusionarme lo más mínimo. Aunque Cándido parecía un chico simpático me propuse mantener la cabeza fría y sobre todo la cintura.

Soy una mujer fogosa y ardiente, me encantan los hombres pero no soy ninguna lagarta y no suelo tener sexo en la primera cita. Guillermo fue la excepción porque nos habíamos visto varias veces y nunca había tenido la oportunidad de tener entre mis brazos a un hombre tan guapo y que se fijara en mí con atracción.

Puntual como un reloj, el pelirrojo apareció impecablemente vestido con una *blazer* blanca que resaltaba el color de su pelo y unos pantalones chinos marcando paquete. Vale, no pensaba acostarme con él, pero no soy ciega y lo que abultaba entre las piernas o era un calcetín enrollado o el muchacho tenía un arma de buen calibre.

—Hola, preciosa mujer. ¿Qué haces tan sola aquí? —me saludó con dos efusivos besos en las mejillas.

—Esperando a mi salvador, amable caballero. —Le sonreí sincera.

Cándido era muy zalamero pero la verdad es que te hacía sentir muy bien a su lado.

Ofreciéndome su mano me llevó dando un paseo por los escaparates de las tiendas de moda, desde Massimo Dutti hasta H&M. En el Luz Shopping podías encontrar todas las marcas de cualquier gran ciudad en nuestro pequeño, aunque cada día más moderno, Jerez.

—Cuando tengas hambre y estés cansada de andar me lo dices y paramos para cenar. ¿Qué te apetece?

—Lo que tú quieras, me gusta la comida de cualquier país incluido el nuestro.

Así que dejándole llevar la voz cantante entramos en un restaurante de comida italiana, donde a los pocos minutos de pedir la carta, me pusieron delante el mejor *risotto* con setas que he probado en mi vida.

La conversación fue muy amena contándonos cómo habían sido nuestra infancia y adolescencia, recordando cómo jugábamos en las plazoletas a la piola, al elástico o escuchando aquella estupenda música de finales de los noventa.

Él había estudiado telecomunicaciones y estuvo trabajando para una multinacional hasta que redujeron la plantilla y se fue a la calle. Después de eso encontró trabajo en la empresa de

telefonía y en pocos meses, por su trato con el público y su buena disposición en el trabajo, ascendió a jefe de la tienda.

—Aquí tienes el móvil, que soy muy despistada y me lo llevo de nuevo —le comenté sacando el teléfono del bolso.

—Espero que, una vez solucionado tu problema, nos veamos más a menudo —contestó devolviéndome el mío que sacó del bolsillo de la chaqueta.

—Si estás a gusto conmigo, por mí estupendo, Cándido.

—Aunque si lo prefieres podemos alargar la noche hasta mañana y desayunamos —me soltó guiñándome un ojo.

—Puedes recogerme en mi casa a las diez de la mañana si tanto deseas tomar un café matutino conmigo —respondí oliéndome por dónde iban los tiros.

—No me has entendido, guapa, quiero que pasemos la noche juntos. ¿No sabes que esta es la más larga del año? —susurró acariciándome el muslo por debajo de la mesa sin ningún disimulo.

—Tan larga como tus manos, Cándido. Te informaré de un par de cosas: no me acuesto con un tío en la primera cita y lo único cándido que tienes es el nombre, macho —le escupí con desprecio levantándome de la mesa.

—Espera, Malena —dijo sacando unos billetes y dejándolos en la mesa haciendo una seña al camarero para que se acercara a cogerlos.

Yo salí muy digna recorriendo la zona de mesas del restaurante para coger un taxi al final del centro comercial. Cándido me seguía dando zancadas hasta que se acercó y me abrazó por la espalda.

—Vamos, no te enfades, preciosa. Verás qué noche tan inolvidable vas a pasar.

Acompañó sus palabras con una caricia de sus manos en mis brazos, intentando apaciguarme. Lejos de calmarme, su tono insolente me cabreó aún más, sobre todo cuando aquellas manos se posaron en mis pechos sobándolos con ansia.

—¿Es que decirte una vez que no es insuficiente para ti?

—Pero si lo estás deseando desde que entraste en la tienda y te propuse salir —me soltó con la cara tan dura como el cemento armado.

Apresándome entre sus brazos, no sé cómo consiguió darme la vuelta, me puso frente a él, con lo delgado que era, y los cerró alrededor de mi cintura como si fueran de hierro.

—No me he gastado un pastón en la cena para que me dejes con el calentón, guapa —insistió apretándome contra él, y tomándome por la nuca me besó con fuerza.

Entre forcejeos y metidas de mano bajo mi falda fuimos saliendo al centro de la plazuela, y llegamos al lugar que yo planeaba como objetivo.

Logrando empujarle y alejándome al fin de su cuerpo, conté los segundos lentamente haciendo caso omiso de sus gritos llamándome, hasta que las decenas de surtidores de la fuente a ras de suelo donde los niños jugaban en verano se encendieron en unos instantes.

La impecable chaqueta y los pantalones se pegaron a su cuerpo dejándolo completamente empapado, con el consiguiente cachondeo de la gente de los bares de alrededor.

—¡Hija de gr...! —Se le llenó la boca de agua, que a la vez le cegaba los ojos y le impedía salir de los chorros dignamente.

—Ahora no estás tan caliente, ¿verdad, imbécil? —le grité satisfecha—. ¡Haberte pagado una puta y no nuestra cena!

Dejándole cagándose en todo lo que se mueve, salí muy digna a la parada de taxis, aguantándome la risa hasta que llegué a casa donde me desahugué a carcajadas en mi sofá.

Esa fue mi penúltima cita hasta que llegó el machista de Manuel, que acabó de reafirmar el asco que empiezo a coger a los hombres.

Aunque me lo tomo con filosofía, no dejo de preguntarme si en otra vida tuve que tener un ombligo como la catedral de Burgos de grande, en el que encontré al hombre perfecto. Y en esta el karma me estaba jodiendo pero bien con lo contrario. ¿No dice el budismo que tenemos que pasar por todo lo bueno y lo malo para alcanzar el nirvana?

¡Coño! pues Buda conmigo se está luciendo, porque lo que es un novio normal no lo encuentro ni por asomo.

Así que he confeccionado una lista con *todo lo que no quiero* en un hombre, que pienso cumplir a rajatabla aunque me muera

sola, arrugada como una pasa y devorada por los gatos que serán mi única compañía en la vejez.

Se la he enseñado a Paula, mi confidente y tirita para las heridas del corazón, que a veces me desaniman y me hacen llorar como una Magdalena al ver alguna peli romántica con ella en el sofá, cuando Alberto tiene guardia y duermo en su casa esa noche.

FABRICANDO A MI HOMBRE PERFECTO

1. Busco un hombre a ser posible huérfano de madre.
(No quiero suegras). Nota mental: Recordar a Gollum.
2. No quiero a un tío que se deleite contemplándose en el espejo mucho más tiempo que yo.
Nota mental: recordar automagreo de Guillermo.
3. No quiero un pulpo que me acose para echarme un polvo en la primera cita.
Nota mental: que entienda que «no» significa no; no es un sinónimo de «a lo mejor es que sí».
4. No quiero un machista de mierda, que pretenda que soy su concubina particular para todo lo que desee su pajarito.
Nota mental: cuando quiera tocar la flauta, me apuntaré a clases de música. La de carne y venas la tocaré cuando a mí me dé la gana.

Estas son las primeras cuatro reglas de mi decálogo anticarpulos integrales. Con la experiencia tan desastrosa que tengo con los hombres me da que voy a poder escribir el libro gordo de Petete.

¿Seré capaz de encontrar a un hombre sincero, cabal como los de antes y que sea simplemente normal?

Poniéndome en la postura de Escarlata O'Hara y jurando porque a Lady Gaga se le quemem todas las pelucas, incluida la de abajo, me prometo a mí misma que: si no encuentro al hombre de mis sueños, renunciaré al género masculino para siempre y una de dos; o me vuelvo virgen, que al paso que voy

igual me vuelvo a notar el himen que tanto me costó perder en el instituto; o me hago lesbiana y me aficiono a los arneses con pito de goma incluido.

¡Por favor, Dios mío, que me salga himen!